

# Palabras iniciales

Renato Prada Oropeza

Como la sombra es una espada,  
tengo la palabra para acabar con ella  
borrarla como a un ruido estridente  
con el golpe de puerta abierta,  
inaugurada en cada diálogo.

Mi inicio en el suspiro es la palabra,  
primera nodriza de mis primeros pasos,  
impronta de la huella que siguen mis deseos.  
La estancia que habito es la palabra  
que puebla de constelaciones celestes  
el erial vencido.

Ella me abrió el claro del bosque,  
trazó el sendero justo para nombrar los árboles,  
la vida y la montaña;  
trono de mi señorío sobre el horizonte y el fuego,  
impulso para sostener mi equilibrio renovado,  
razón de ser frente a la mujer que amo,  
al surco que se llena de semillas  
regadas por mi vida,  
movida por su espléndida presencia.

Por su piedad y gracia,  
 por su donación sin límites,  
 están Vallejo, Paz y Neruda,  
 alba trinidad en mi cielo de laureles,  
 en el rincón más íntimo de mi tránsito,  
 prestos a platicar con su voz fecunda,  
 a entregarme sus mejores votos,  
 sus estampas de reinos inauditos,  
 de brazos abiertos a la historia:  
 alimento de mis venas sedientas,  
 de mi inquietud de hacer de la tierra un mundo,  
 un mundo más fresco que el agua de la montaña,  
 risueño como el reclamo del jilguero.

Cuando ella, la noble palabra,  
abandone nuestra morada,  
aquel funesto día del punto final  
de nuestra epopeya de rastros pasajeros,  
sólo mantenida por su aliento  
transmitido a nuestro afán de inventar un dominio;  
cuando el olvido avance hasta cubrir  
con su fatal manto de negación y espina,  
las ya desoladas calles de ciudades fantasmas;  
cuando nuestro sino pierda su anhelo y brillo,  
con el último susurro en la impotente garganta  
del hombre sin sueños ni memoria;  
cuando todo esto nos caiga como fulminante rayo,  
entonces,  
todas las cosas habrán perdido su nombre  
y, tras nuestra estela que se desvanece para siempre,  
sólo quedará el esbozo de nuestras alas rotas,  
desparramadas en el páramo sombrío,  
escenario final de la nada.

En el trastiempo nada me limita  
ni me veta el sabor de una sonrisa,  
porque aquí con el aliento donado  
—postrer acto que redime a los dioses—  
madrepalabra fecundas los soles  
y las raíces de nuestros vuelos  
que incendian el universo pleno.

## PADRE

Apenas te palpo como a un eco de sombra.

Quizá mi carne, mis dientes, un escondido gesto,  
reproducen tus pasos,  
tus ensueños,  
esbozados en un tiempo ajeno.

Quizá la persistencia de tu imagen en mis gestos,  
de tus dedos tendidos,  
de tu ala protectora,  
sean fantasmas benévolos, que inventa  
mi confundida memoria,  
necesidad obstinada de reclamar tu presencia.

Ya no estás aquí, junto a mi miedo,  
turbación matutina,  
renovado estupor frente a la acera que inaugura el día.  
Ya no se palpa tu aliento aunque mi respirar lo retrata.  
Ya no puedo aferrarme a tus brazos  
para evitar la caída.

Acaso, por ello, tus ojos tristes,  
 tu mirada desde la otra orilla,  
 desde la niebla que oculta tu perfil perdido,  
 me inventan en tu delirio de polvo,  
 de nada.

Quizá por eso, cuando río,  
imploro,  
me fundo en el orgasmo con la mujer amada,  
todavía despliegas en mí tu voluntad  
de habitar mi piel dolida.

H<sub>I</sub>O

Quizá seas la sal de la tierra,  
el polen al viento incierto,  
que mi esperanza derrama.  
Quizá mis ojos miren por tus frescas pupilas  
las islas que ya no podrán hollar mis pasos.  
Quizá la amargura y el dulzor,  
la alegría sin causa  
el pesar inmotivado,  
conmuevan mis fibras del alma  
en la resonancia de tus pasos por días  
y sueños  
de aquellos lejanos aires cerrados a la piel de mi frente.

Los dedos de mi noche se niegan a plegarse,  
no saben del encono  
del puño de la ira,  
de la protesta ante la falsa promesa:  
*“Tus días se prolongarán más allá de los terrenales”,*  
que no puede mitigar mi ausencia rotunda.

Mi corazón se niega a detenerse,  
a dejar de soplar su vano esfuerzo,  
del término fijado por el índice inapelable.  
Mi mente se niega a aceptar el adverso silogismo,  
dictado por la trampa de la astucia  
que la razón falaz concibe,  
de mi camino sin estela ni horizonte.  
Mi imaginación se niega a soltar el pincel que traza  
la gracia de diseños tan firmes como la nube pasajera.

Por eso me invento en tu andar sereno,  
transito en tus proyectos de sueño;  
me cubro de tus risas,  
fantasías,  
rostros:  
escudos con el que enfrentas tu mundo,  
mi legado,  
mi herencia no solicitada,  
que te deja este vano sueño,  
prolongación de una ilusión disuelta.

## UNA SOLA CARNE

La luz se abre paso desde el corazón mismo de la roca,  
desde el centro del reino de la cueva oscura  
de terquedad de cárcel y olvido,  
de pesar y culpa.

La palabra es el motor de la luz ferviente.  
Sin ella la clausura de llanto y derrota sería nuestra morada,  
apagaría todo pálido esfuerzo,  
todo brillo de horizontes en nuestra mirada abierta.

Porque el verbo sólo planta su imperio  
en el tabernáculo íntimo:  
día-*logo* que creamos tú y yo entrelazados,  
fundidos en la raíz primaria,  
que trenza el día entero,  
la noche estrellada y hermana,  
de risas y frentes despejadas,  
encuentro de miradas plenas.

Tu canto en mi oído  
y mi voz en tu garganta  
son el destello de la fértil semilla,  
de la gravedad de mi mirada a través de tus pupilas,  
de tu aria de ave matinal que brota por todos mis poros.

¿Cómo distinguir lo que es de uno y de otro?  
¿Tu gota de sangre confundida en mi lágrima?  
¿Mi sombra alojada en tu cámara íntima?  
¿Nuestra esperanza germinada en nuestro único suelo?  
¿Acaso no somos las dos alas del ave que levanta vuelo?